

Washington Irving

La leyenda de Sleepy Hollow

y otros cuentos fantásticos

Traducción de Victoria León



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Legend of Sleepy Hollow. Rip van Winkle. The Spectre Bridegroom. The Devil and Tom Walker*

Traducción de Victoria León

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Filippo Palizzi: *El árbol* (detalle). Pinacoteca del Palacio de Avalor, Vasto, Italia.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

© de la traducción: Victoria León Varela, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-834-2

Depósito legal: M. 107-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 La leyenda de Sleepy Hollow
- 61 Rip van Winkle
- 93 El Novio Cadáver
- 121 El diablo y Tom Walker

La leyenda de Sleepy Hollow

Hallada entre los documentos del difunto
Diedrich Knickerbocker

*Era una grata tierra soñolienta
de sueños que visitan los ojos entornados
y de alegres castillos en las nubes
que ilumina de rojo un cielo de verano.*

El Castillo de Indolencia

En el corazón de una de esas vastas ensenadas de la orilla oriental del Hudson, en ese ensanche amplio del río que los antiguos navegantes holandeses denominaban Tappan Zee y donde siempre recogían las velas con prudencia y se encomendaban a San Nicolás cuando lo cruzaban, se encuentra una pequeña población rural dedicada al comercio que algunos llaman Greensburg, pero que más propiamente suele conocerse por el nombre de Tarry Town¹. Cuentan que antaño las buenas mujeres de la región vecina le dieron este nombre por la arraigada querencia de sus esposos a entretenerse en la taberna del lugar los días de mercado. Sea como fuese, no doy fe de este hecho, sino que me limito a referirlo en aras de la exactitud y la

1. La palabra *tarry* en inglés significa ‘demorarse’, ‘entretenerse’.
(N. de la T.)

veracidad. No lejos de esta población, tal vez a un par de millas, hay un pequeño valle, o más bien lengua de tierra entre colinas altas, que es uno de los lugares más apacibles que existen en el mundo. Discurre por él un riachuelo con el murmullo justo para arrullar nuestro reposo, y casi el único sonido que interrumpe su constante serenidad es el esporádico silbido de una codorniz o el tamborilear de un pájaro carpintero.

Recuerdo que, siendo yo muchacho, la primera vez que salí a cazar ardillas estuve en un bosquecillo de nogales altos que dan sombra a uno de los costados del valle. Me había internado en él al mediodía, la hora a la que la naturaleza se muestra más serena, y el estruendo de mi detonación me sobresaltó como si rompiese la calma del domingo y se prolongase reverberando en ecos furiosos. Si alguna vez buscara un retiro en el que huir del mundo y de sus distracciones para dedicarme a soñar plácidamente después de una vida tumultuosa, no conozco ninguno más apetecible que este valle.

Debido a esa lánguida quietud del lugar y al peculiar carácter de sus habitantes, que descienden de los primeros colonos holandeses, esta recóndita cañada se conoce desde antiguo con el nombre de Sleepy Hollow¹, y por todas las tierras vecinas a sus rústicos jóvenes los llaman «los muchachos del Valle Soñoliento». Un influjo de ensueño y somnolencia parece

1. El topónimo Sleepy Hollow significa, literalmente, 'Valle Soñoliento'. (*N. de la T.*)

flotar sobre la tierra e impregnar el aire mismo. Algunos dicen que el paraje fue embrujado por un médico alemán en los primeros tiempos de la colonia; otros, que un antiguo jefe indio, el profeta o el hechicero de su tribu, celebraba allí sus asambleas de indígenas antes de que el capitán Hendrick Hudson descubriera la región. Pero lo cierto es que el lugar permanece bajo la influencia de algún mágico poder que mantiene hechizados a sus habitantes y los sume en una ensañación continua. Son dados a toda clase de creencias maravillosas, propensos a trances y apariciones, y a menudo tienen visiones extrañas y oyen músicas y voces en el viento. Los alrededores abundan en leyendas locales, lugares encantados y supersticiones relacionadas con el crepúsculo; estrellas fugaces y meteoros cruzan el valle con más frecuencia que cualquier otra parte de la región, y la Yegua de la Noche, con sus nueve diablos, parece haberlo convertido en su lugar favorito para retozar.

Pero el espíritu dominante que ronda esta tierra encantada y parece regir todos los poderes de su atmósfera es la aparición de la figura de un jinete sin cabeza. Cuentan algunos que se trata del fantasma de un soldado hessiano al que decapitó una bala de cañón en alguna batalla sin nombre durante la Guerra de la Independencia, y que los campesinos lo ven galopar siempre en la oscuridad de la noche como llevado por las alas del viento. Sus apariciones no se limitan al valle, sino que llegan a veces hasta los caminos cercanos y, en particular, hasta las proximidades de una iglesia

no lejana. Algunos de los historiadores más veraces de la región, que han sido meticulosos al reunir y comparar los distintos relatos acerca de este espectro, afirman que el cuerpo del soldado, al que habrían enterrado en el cementerio de la iglesia, cabalga todas las noches en busca de su cabeza hasta el escenario de la batalla, y que la endiablada velocidad con la que cruza el valle, como una exhalación de medianoche, se debe a su prisa por regresar al cementerio antes del amanecer.

Tal es la opinión general sobre esta superstición legendaria que tantas historias fantásticas ha alimentado en esa tierra de sombras. Y ese espectro es conocido en todos los hogares de la región como el Jinete sin Cabeza de Sleepy Hollow.

Resulta llamativo que esta tendencia visionaria a la que me refiero no se limita a los habitantes nativos del valle, sino que contamina de forma inconsciente a todo aquel que reside allí durante un tiempo. Por muy despierto que alguien haya estado antes de entrar en esa región soñolienta, puede estar seguro de que pronto absorberá el mágico influjo de la atmósfera y empezará a volverse cada vez más imaginativo y soñador y a ver apariciones.

Este pacífico lugar del que hablo me parece digno de toda alabanza, pues es en esos pequeños y recónditos valles holandeses que se hallan aquí y allí dispersos en el corazón del gran estado de Nueva York donde las gentes, tradiciones y costumbres permanecen inalteradas mientras el caudaloso torrente de la migración

y el desarrollo, que tan incesantes cambios produce de continuo en otras partes de este inquieto país, pasa por ellas inadvertido. Son como esos pequeños remansos de aguas tranquilas que bordean una corriente rápida, donde podemos ver la brizna de paja o la burbuja serenamente ancladas, girando parsimoniosas en el puerto que parecen formar, imperturbables ante la premura de la corriente. Aunque han pasado muchos años desde que anduve entre las sombras soñolientas de Sleepy Hollow, dudo que aún no pudiera encontrar allí, vegetando en su refugio, los mismos árboles y familias.

En este lugar apartado en medio de la naturaleza vivió, en un periodo remoto de la historia americana (o, lo que es lo mismo, hará unos treinta años), un individuo respetable llamado Ichabod Crane, que pasó una temporada (o, como él decía, «se entretuvo») en Sleepy Hollow instruyendo a los niños de los alrededores. Era natural de Connecticut, un estado que proporciona a la Unión tantos pioneros de la mente como de los bosques, y le envía todos los años sus legiones de leñadores de frontera y maestros de escuela rurales. El significado de su apellido, Crane¹, bien podía aplicarse a su persona. Era alto, pero extremadamente flaco; tenía hombros estrechos, largos brazos y piernas, manos que colgaban sobresaliendo una milla de sus mangas, pies que podrían haber servido de palas. Y todos esos elementos concordaban con la mayor

1. La palabra *crane* significa en inglés 'grulla'. (N. de la T.)

laxitud. Poseía una cabeza pequeña, plana por arriba, con orejas enormes, grandes ojos vidriosos y una nariz larga como el pico de una agachadiza; así que recordaba a una veleta encaramada sobre su eje para decir por dónde sopla el viento. Al verlo caminar por el perfil de una colina en un día ventoso, con sus ropas holgadas ondeando a su alrededor, cualquiera podría haberlo tomado por el espíritu del Hambre descendido a la tierra o por un espantapájaros fugado de un maizal.

Su escuela era un edificio bajo, toscamente construido con troncos, de una sola y amplia habitación que tenía las ventanas en parte vidriadas y en parte parcheadas con hojas de cuadernos viejos. Lo protegían de la forma más ingeniosa durante las horas en que quedaba vacío gracias a una vara de mimbre retorcida alrededor del pomo de la puerta y a unas estacas colocadas en las contraventanas de tal modo que, aunque algún ladrón pudiera entrar con absoluta facilidad, hallara ciertas dificultades para salir; idea que probablemente tomara prestada el arquitecto, Yost van Houten, del mecanismo de una trampa de anguilas. La escuela se hallaba en una ubicación bastante solitaria, pero agradable, justo a los pies de un monte boscoso, con un riachuelo cercano y un formidable abedul que crecía a un extremo de este. Desde allí, el bajo murmullo de las voces de sus alumnos al repetir la lección podía oírse en los soñolientos días de verano como si fuera el zumbido de un panal de abejas, de vez en cuando interrumpido por la voz autoritaria del maestro en tono de amenaza o de orden, o acaso por

el temible sonido de la vara cuando alentaba a algún lento holgazán por el florido camino del conocimiento. Era un hombre concienzudo que siempre tenía presente la máxima de oro de «la letra con sangre entra». A los alumnos de Ichabod Crane sin duda les entraba.

Pero no quería que el lector lo imaginase como uno de esos crueles directores de escuela que disfrutaban maltratando a sus discípulos. Al contrario, hacía justicia con más discreción que severidad, aligerando de carga a los débiles y depositándola sobre los fuertes. Con los chiquillos más frágiles, que se doblaban de dolor al menor movimiento de la vara, se mostraba indulgente; pero las exigencias de la justicia quedaban satisfechas con la doble ración que le infligía al duro y obcecado muchacho holandés de grueso abrigo que se rebelaba y se crecía obstinándose aún más bajo la vara. A esto él lo llamaba «cumplir con su deber en el lugar de sus padres», y jamás infligió un solo castigo sin asegurar al muchacho maltratado, para su gran consuelo, que «lo recordaría y le estaría agradecido por él toda la vida».

Cuando las horas de clase terminaban, incluso era el camarada y el compañero de juegos de los muchachos mayores, y algunas tardes, en los días festivos, solía acompañar a casa a los chicos más pequeños que tenían hermanas guapas o madres buenas amas de casa celebradas por sus bien provistas despensas. Desde luego, le convenía llevarse bien con sus alumnos. Los ingresos que su escuela dejaba eran pequeños, y ape-

nas le bastaban para costearse el pan diario, pues era gran comedor, y, aunque hombre flaco, tenía la capacidad de digestión de una anaconda; pero para ayudar a su manutención, según las costumbres campesinas de estos lugares, recibía alojamiento y comida en las casas de los granjeros a cuyos hijos instruía. Vivía con uno distinto cada semana, e iba recorriendo así la vecindad con todas sus pertenencias terrenas atadas en un pañuelo.

Para que ello no resultase demasiado oneroso a sus rústicos patronos, que tendían a considerar los costes de la escolarización como gravosa carga y a ver unos zánganos en los maestros de escuela, él tenía distintas formas de hacerse útil y grato. Ayudaba a los campesinos, de cuando en cuando, en las labores más ligeras de sus granjas: separar el heno, reparar vallados, llevar los caballos a abrevar, conducir las vacas a los pastos y cortar madera para el fuego en el invierno. Se despojaba, además, de la dominante dignidad y el poder absoluto con que señoreaba su pequeño imperio, la escuela, y se volvía extraordinariamente amable y obsequioso. Se ganaba el favor de las madres siendo cariñoso con los niños, sobre todo con los más pequeños, e igual que el león feroz que era magnánimo con el cordero, podía pasar horas sentado con un niño sobre las rodillas mientras mecía una cuna con el pie.

Aparte de sus otras vocaciones, ejercía también la de maestro de canto y se ganaba sus buenos chelines relucientes instruyendo en la salmodia a los jóvenes campesinos de la zona. Los domingos no era motivo

de pequeña vanidad para él ocupar su puesto, junto a un grupo de cantores elegidos, ante el coro de la iglesia, donde le parecía que arrebatara al párroco la palma por completo. Desde luego que su voz resonaba muy por encima de las del resto de los feligreses, y cierto es que todavía los domingos por la mañana se oyen peculiares trémolos en dicha iglesia, que pueden escucharse incluso a media milla de distancia, desde bastante más allá de la represa del molino, que se consideran legítimos descendientes de la nariz de Ichabod Crane.

Así, mediante pequeños ardides y ese ingenioso proceder que suele llamarse «ir con una mano por el cielo y otra por la tierra», el respetable pedagogo se las arreglaba de forma más que aceptable, y quienes nada entendían del trabajo intelectual pensaban que llevaba una vida maravillosamente cómoda.

El maestro de escuela suele ser alguien de cierta importancia en los círculos femeninos de un vecindario rural. Se ve en él a una especie de ocioso personaje aristocrático de gusto y méritos infinitamente superiores a los que poseen los rudos pretendientes aldeanos, y, desde luego, solo inferior al párroco en conocimientos. Sus visitas, por tanto, acostumbran a acarrear cierta agitación en la mesa de té de las casas, además de un supernumerario plato de pastel o de golosinas, o por ventura la exhibición de una tetera de plata. Por ello nuestro hombre de letras era particularmente favorecido con sonrisas por todas las damiselas del lugar. ¡Y cuánto le gustaba, todos los domingos, antes o después del servicio religioso, pavonearse entre ellas

en la iglesia! Les recogía uvas de las parras silvestres que invadían los árboles cercanos; les recitaba como entretenimiento los epitafios de las tumbas o paseaba, con un verdadero enjambre de mujeres alrededor, a orillas de la represa del molino cercano mientras los más tímidos pueblerinos se quedaban, avergonzados, detrás, envidiando su superior elegancia y elocuencia.

A causa de aquella vida medio nómada que llevaba, era también una especie de gaceta de noticias ambulante que iba trasladando de casa en casa todo el repertorio de los chismorreos locales; así que su aparición siempre se recibía con regocijo. Las mujeres lo estimaban, asimismo, como hombre de gran erudición; pues había leído varios libros completos y era un profundo conocedor de la *Historia de la brujería en Nueva Inglaterra* de Cotton Mather, asunto en el que, por cierto, era un obstinado y firme creyente.

Era la suya una extraña mezcla de mediana perspicacia y simple credulidad. Su apetito por lo sobrenatural y su capacidad de digestión eran igualmente extraordinarios, y ambos se habían visto acrecentados durante su permanencia en aquella región encantada. No había historia, por burda o monstruosa que fuera, que él no creyera a pies juntillas. Cuando sus alumnos se marchaban a casa por la tarde, le gustaba tumbarse sobre un fértil lecho de tréboles a orillas del riachuelo que murmuraba junto a su escuela, y allí estudiaba las viejas historias misteriosas de Mather hasta que el crepúsculo convertía en neblina la página impresa ante sus ojos. Y, entonces, al ponerse en camino a través